

Cultura

Entrevista al autor de 'Nocturnos'

RAFAEL RAMOS
Londres. Corresponsal

Kazuo Ishiguro (Nagasaki, 8 de noviembre de 1954) es uno de los más prestigiosos autores británicos contemporáneos. Nació en Japón, pero su familia se estableció en Surrey, sur de Inglaterra, cuando tenía sólo cinco años. Ha ganado el Booker y el Whitbread, dos de los más prestigiosos premios de la literatura inglesa.

Su último libro, *Nocturnos*, consiste en cinco relatos separados que tienen en común la música y la noche. ¿Cuál es la relación entre literatura y música como formas de expresión?

En la música uno deja muchas cosas sin decir, hay muchos más sobreentendidos, menos palabras, la emotividad no proviene sólo de la letra, sino también del intérprete. Empecé a expresarme a través de la música. Hay que tener en cuenta que en la década de los setenta en Inglaterra, cuando yo era un adolescente, la literatura no era algo glamuroso como ahora. El glamur estaba en el pop, y hasta cierto punto en el teatro. Nunca me interesaron especialmente los Beatles ni el rock and roll, pero sí los cantautores. Mis amigos y yo podíamos pasarnos la noche entera discutiendo sobre las letras de las canciones. Escribí más de un centenar, llenas de entusiasmo juvenil, y sólo a partir de ahí pasé luego a los relatos cortos y a la literatura. Estoy convencido de que la música marcó mi estilo, lo hizo más sereno y natural, nada que ver con las florituras de un James Joyce, y permitió que mi primera novela fuera ya adulta, porque a través de las canciones había desfogado en su momento el romanticismo y la pasión adolescentes. Ahora he descubierto el tango y encuentro fascinante el Buenos Aires de la época de Carlos Gardel, quizás sitúe allí la acción de alguna futura obra. También me encanta Piazzola. Me encantaría ir a Argentina.

La identidad, la memoria, el recuerdo y el olvido son temas recurrentes de todas sus novelas. ¿Por qué? ¿Se trata de un asunto que le interesa en abstracto, o responde a alguna experiencia personal?

Nada personal, ni tampoco como concepto filosófico. Nunca he pretendido entrar en un debate intelectual con los existencialistas sobre la identidad, pero siempre me ha interesado el dilema de la gente que sueña con ser algo que no es, seguramente por no estar en el sitio justo en el momento justo, por pertenecer a una generación a la que no deberían, por circunstancias completamente incontrolables, por el destino o la historia. Gente —como los personajes de *Nocturnos*— a quienes el éxito o la felicidad los elude, que se ven forzados a renunciar a sus sueños, hacer compromisos y enfrentarse a la vida. Su existencia queda marcada, contaminada. No es mi caso,

“Si uno no recuerda, el odio sigue ahí, como un veneno”

Kazuo Ishiguro, escritor

porque soy una persona afortunada. Pero sí, por ejemplo, el del mayordomo de *Los restos del día*, que en una época, un país o una estructura social diferente podría haber sido otra cosa. Todo el mundo quiere ser percibido de una manera determinada, se preocupa por cómo se ve a sí mismo y por cómo lo ven los demás, y en este complejo universo entran en juego las inseguridades sexuales, los prejuicios raciales, etcétera.

Teniendo en cuenta esa fasci-

nación por la identidad, la represión emocional y los sueños rotos, ¿es usted un pesimista hobbesiano que piensa que el hombre es un lobo para el hombre, o un optimista que cree en la bondad innata?

Mi naturaleza es esencialmente optimista, aunque parecería que los acontecimientos del siglo XX y lo que va del XXI dan la razón a Hobbes. No soy sentimental, ni comparto ese sentimentalismo generalizado que proporcionan

las creencias religiosas, y tengo mis reservas sobre la condición humana. Hay quienes dicen que mis libros son tristes, pero si es así no reflejan mi carácter. Creo que el hombre tiene la capacidad de ser decente y posee un sentido moral, aunque a veces quede bárbaramente pervertido (el caso del nazismo, por ejemplo), y también un orgullo o sentido del honor que le lleva a querer hacer bien cualquier cosa que haga. Hasta los gánsters quieren ser

buenos en lo suyo, lo cual por supuesto los convierte en más malos.

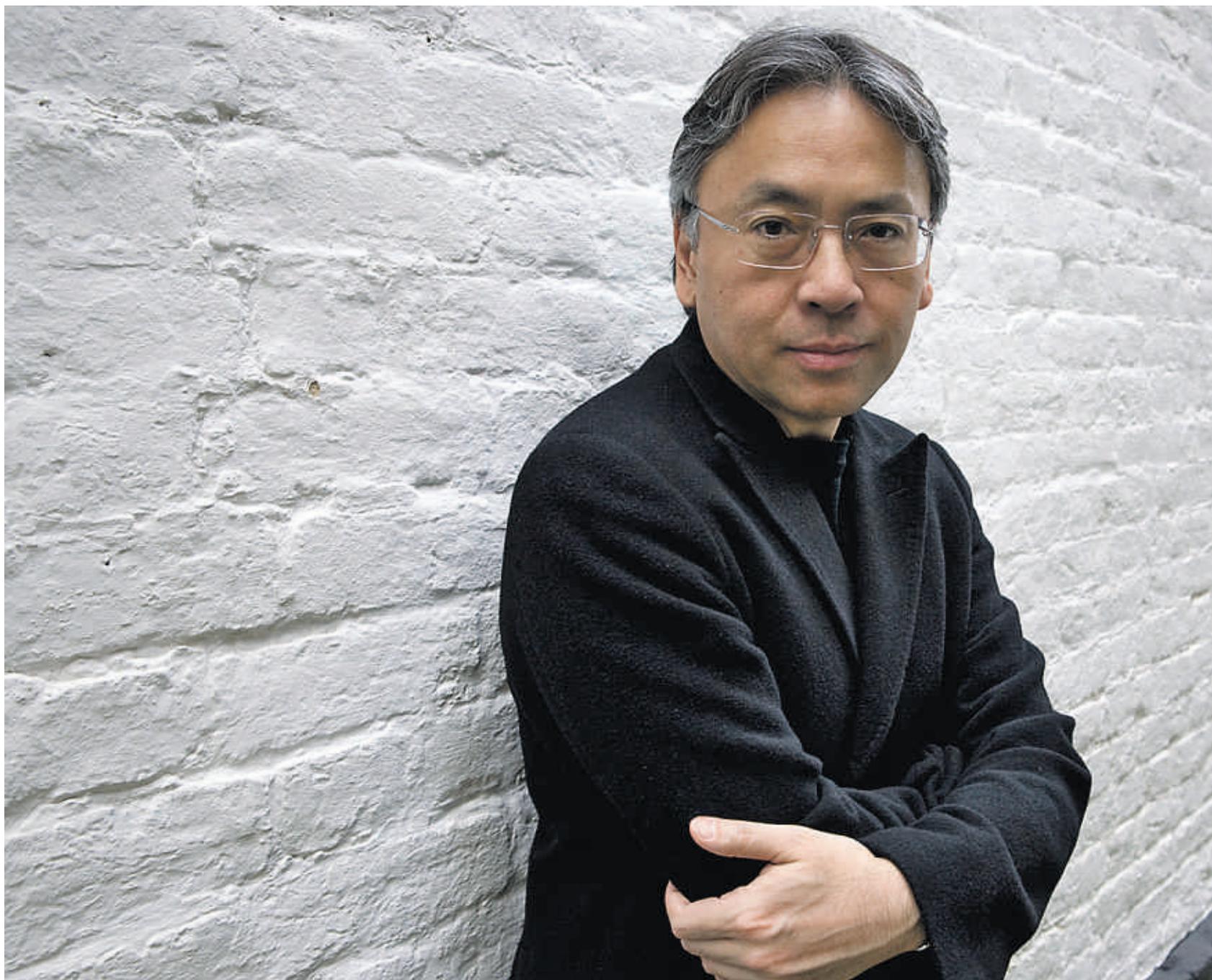
Usted tiene una cierta reputación de personaje amable pero enigmático, difícil de descifrar. ¿Qué rasgos de la naturaleza humana le enfurecen, y qué cosas le hacen feliz?

Me irrita el egoísmo y la falta de consideración hacia los demás, algo muy habitual en los círculos literarios y artísticos en que me muevo, donde a mucha gente sólo le obsesiona publicar determinado libro o conseguir que se estrene su obra, y para ello son capaces de pisotear a quienes se interpongan en su camino. Soy un tipo tranquilo, y me dan placer las cosas sencillas de la vida, la música, la lectura, la familia, los viajes, una buena conversación. Cada vez aprecio más el valor de una conversación inteligente.

¿Qué lee?

No me gusta leer ficción contemporánea en inglés, de novelistas en cierto modo similares a mí. Siempre vuelvo a los clásicos, que son eternos, o busco escritores en otra lengua o que utilicen técnicas muy diferentes a la mía. He descubierto hace poco a Roberto Bolaño, y me encanta.

¿Por qué no lee a sus contemporáneos ingleses? ¿Acaso por temor a una contaminación esti-



SINOPSIS DE CUATRO NOVELAS DEL AUTOR**Pálida luz de las colinas**

Una japonesa de 50 años recuerda su vida tras el **suicidio** de su hija mayor

Los restos del día

Un **mayordomo** se enamora del ama de llaves en la mansión de un **aristócrata** filonazi

Los inconsolables

Un laberinto de relatos a partir de la llegada de un **concertista** a una ciudad de Europa Central, cuyos habitantes esconden **oscuras culpas**

**Nunca me abandones**

Novela de **aprendizaje** de una niña en el centro de Inglaterra

lística, a encontrar alguna forma de expresión que le guste y pretender adoptarla? ¿Tiene relación con los integrantes de la generación Granta?

Antes de la fetua tenía bastante contacto con Salman Rushdie, pero hace tiempo que no nos vemos. Con otros como McEwan o Amis nos encontramos en cumpleaños o presentaciones literarias. Pero no tengo una relación estrecha con ninguno de ellos, en realidad soy el más joven de esa generación, y aunque la diferencia no sea de muchos años, resulta muy distinto haber crecido en la Inglaterra de los setenta que en la de finales de los sesenta, ser de antes o después de los Beatles y el verano del amor. Otra diferencia es que casi todos ellos tuvieron una educación privada, mientras que la mía fue pública. En cuanto al peligro de la contaminación del estilo, quizás antes hubiera existido, pero ahora no. Con el tiempo uno desarrolla unos determinados hábitos y se vuelve menos susceptible a las influencias y, en cambio, menos aventurero, lo cual no es necesariamente bueno. La presión de tener que responder a unas ciertas expectativas resulta estresante.

En España existe un gran debate sobre la memoria histórica, y sobre si conviene o no

INSATISFACCIONES

“Me interesa el dilema de la gente que sueña con ser algo que no es”

OPTIMISMO

“Creo que el hombre tiene la capacidad de ser decente”

‘DREAM TEAM’

“Ellos tuvieron una educación privada; la mía fue pública”

MEMORIA

“Es difícil saber cuándo es mejor olvidar y cuándo es mejor recordar”

abrir las heridas del pasado.

Es difícil saber cuándo es mejor olvidar y cuándo es mejor recordar. Si uno no recuerda, el odio sigue ahí, como un veneno, y puede atacar en cualquier momento, como ocurrió en Yugoslavia o Ruanda. Pero lidiar con el pasado es muy delicado y puede resultar peligroso. Es una cuestión que me fascina. Los franceses han conseguido convencerse a sí mismos de que fueron héroes de la resistencia. Los italianos tienen un punto infantil. Los japoneses cometieron en China atrocidades que en cierto modo han quedado relegadas a un segundo plano por el horror de las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Los alemanes han resuelto bastante bien el equilibrio de la memoria histórica, aunque probablemente no tenían otra opción.

¿Y Estados Unidos?

Tiene una percepción distinta a la del resto del mundo sobre las consecuencias del 11-S, quizás porque nunca había sido víctima de un atentado en su propio territorio, por su relativa inexperiencia como nación y por haber estado por lo general en el lado moralmente correcto. Pero es como si semejante golpe le hubiera dado vía libre para ignorar el derecho internacional y la convención de Ginebra.●

“Existe el peligro de que todos los libros sean iguales”

LONDRES Corresponsal

El escritor es un entusiasta de Londres, que considera un ejemplo de integración, tolerancia y multiculturalismo. Vive en el barrio de Golders Green, donde existe una comunidad judía muy importante. Es seguidor del Arsenal y está preocupado por la posible marcha de Cesc al Barça. La entrevista se celebra en La Maison Blanc, un café de la calle mayor de Hampstead.

Para sus padres debió de ser un shock cultural establecerse en la Inglaterra de 1960...

Para mí padre (que falleció hace dos años) no tanto, porque era un reconocido científico y estaba acostumbrado a viajar, pero para

misma aspiración de ser rico.

¿Y racismo?

Un racismo diferente al de Estados Unidos, consecuencia de la esclavitud. En Gran Bretaña es herencia del colonialismo.

¿La globalización tiene más ventajas o inconvenientes?

Ha reducido la posibilidad de elección, tanto en política como en literatura. En política ha aproximado a todos los partidos, y sólo se buscan gestores de la economía. Me sorprende que la gente no esté mucho más furiosa por la crisis y que nos digan que miles y miles de millones de libras o de euros han desaparecido o no existían. O bien nos han mentido antes o nos mienten ahora. Soy un demócrata a la antigua usanza, que cree en el Estado de

PARTIPE EN EL FORO LITERARIA Y VIDA www.lavanguardia.es

El inconformista

ANÁLISIS

Robert Saladrigas



Si algún rasgo no físico singulariza a Kazuo Ishiguro, es decir, a su trayectoria literaria desde *A pale view of hills* de 1982 hasta el último libro *Nocturnos* aparecido en el 2008, es su para mí gratificante inconformismo. Lo que suele hacer el común de los autores cuando más o menos por azar dan con una fórmula de éxito, es reproducir el molde hasta agotar su rentabilidad. Ishiguro ejemplifica lo contrario. Se consagró en el mercado internacional con una novela estupenda y profundamente británica, *Los restos del día*, a lo que contribuyó la no menos formidable película de James Ivory con un Anthony Hopkins en estado de gracia bajo la piel del mayordomo. Pues bien, Ishiguro pasó los siguientes ocho años escribiendo *Los inconsolables*, una voluminosa, densa y oscura novela cargada de simbolismos con la que daba un enorme salto hacia adelante, comercialmente hacia el abismo.

Le admiro desde entonces, he leído todos sus libros –cada uno diferente del anterior–, he escrito

sobre ellos y, aunque soy visceralmente refractario a las presentaciones, no me importó hacer una excepción y en el 2001 hablar de la novela *Cuando fuimos huérfanos* en el British Council. Fue un placer conocer y cambiar impresiones con aquel hombrecillo de impasible rostro oriental y maneras inglesas, extremadamente cortés, de aguda inteligencia, que supo verbalizar su bien contrastado talento literario. Aquel atardecer confirmé lo que ya era evidente. A Ishiguro se le suele incluir en la brillante generación de los narradores británicos que hoy oscilan entre los 50 y los 60 años, los McEwan, Barnes, Coe, Amis, Kureishi o Swift, pero su adscripción al grupo es puramente biológica, diría que convencional. El no es como los otros. Él nunca se conforma con lo ya conseguido o experimentado. Posee ese raro don del explorador que sólo se siente colmado si pisa territorios por conquistar que le retan a superarse. En el fondo creo que Ishiguro, nacido en Nagasaki, trasplantado de niño a Inglaterra, educado en Kent y East Anglia –donde enseñó Sebald– es un extraterritorial. Cosa que celebro.●



ARCHIVO

Ishiguro, con Herralde y el resto del ‘dream team’ británico

mi madre sí, hasta cierto punto. Todavía vive en la misma calle en la que nos instalamos hace sesenta años, justo en la casa de al lado. Pero entre los británicos y los japoneses no hay tantas diferencias como podría pensarse. Tenemos el mismo sentido de jerarquía, de no perder los papeles, de mantener siempre la dignidad intacta y ajustarse a las normas sociales. Al contrario que para los latinos, mostrar las emociones resulta vulgar, poco respetable.

¿Sigue existiendo el clasismo que se ve por ejemplo en *Los restos del día*?

Ahora es un clasismo diferente, marcado por la diferencia de educación. Lo que no hay es una separación de culturas como antes entre la aristocracia y la clase trabajadora. Todo el mundo hace las mismas cosas y tiene la

bienestar y la necesidad de que el Estado regule el mercado para impedir abusos como los que han ocurrido. Los jóvenes de ahora lo tienen fatal. Los precios de los pisos están por encima de sus posibilidades, cada vez hay menos trabajo y peor pagado, sin seguridad laboral. En literatura unos pocos conglomerados controlan la distribución, las librerías independientes casi no existen y los títulos que se promocionan son muchos menos. Y existe el peligro de caer en el *globish*, el inglés global, para que al final todos los libros sean iguales, como los aeropuertos y las cadenas internacionales de hoteles y cafés. Cuando escribo soy consciente de que el lector de Barcelona o Copenhague tiene que saber a lo que me refiero y que nada se pierda en la traducción.●